

AGENDA CIUDADANA

PROFECIAS

Lorenzo Meyer

La Nueva Crisis de México. – Lo que está pasando ahora en nuestra vida política no debería sorprendernos. Ya alguien lo había profetizado hace más de medio siglo.

Daniel Cosío Villegas, 58 años atrás, al examinar críticamente el panorama político y social mexicano, afirmó refiriéndose a una posible toma del poder por la derecha, por el único instrumento con el que esa corriente política contaba para la tarea: el PAN, pues no había otro. Sin embargo, advirtió, la fuente de sustento de ese partido era muy estrecha: la Iglesia Católica y el desprestigio acumulado por el régimen revolucionario. Ahora bien, si en tales condiciones el PAN se hiciera del poder el resultado era previsible: “que Acción Nacional se desplomaría al hacerse gobierno...[pues] No cuenta ahora ni con principios, ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros”, (“La crisis de México”, Cuadernos Americanos, Año VI, 6, marzo 1947). Enrique Krauze ha insistido que Daniel Cosío Villegas tenía vena de profeta. Cabe recordar entonces el carácter apocalíptico del “Libro de Daniel”, el de la Biblia.

Armado sólo con un buen conocimiento del país, una gran sensibilidad y una clara pasión por resolver el enigma planteado por los males de su tiempo, nuestro Daniel dio en el blanco al pronosticar lo que le pasaría a un PAN cuyos cuadros estaban formados por eso “que en el porfirismo se llamaban personas *decentes*”; simplemente no podría con la responsabilidad de ejercer directamente el mando. La vocación de Acción Nacional, advirtió entonces Cosío Villegas, era la denuncia pero no la configuración de un verdadero proyecto para reorganizar las instituciones del país. Los años corrieron, el momento llegó y, efectivamente, Acción Nacional no supo cómo usar de manera efectiva un poder que le llegó

menos por una identificación ciudadana con el proyecto del PAN y más por un hartazgo ciudadano con el PRI. Y el resultado es una atmósfera que, si no de crisis, es de algo que se le parece mucho.

Punto de Referencia.- La textura de los tiempos que corren hace irresistible la tentación —¿necesidad?— de volver la vista hacia puntos de referencia que nos ayuden a explicarnos el presente y ese futuro inmediato que no hace mucho prometía grandes cosas pero que se ha agriado rápidamente, al punto de forzarnos a preguntar ¿cómo fue que hemos llegado a esto? ¿Por qué se descompusieron tan rápido las cosas? Y, sobre todo, ¿cómo retomar el camino adecuado?

Uno de esos puntos posibles de referencia, no el único, desde luego, se encuentra en las reflexiones de alguien que vivió un desencanto anterior, justamente porque el cambio prometido entonces también se descompuso. El ensayo que Cosío Villegas concluyó en noviembre de 1946 es digno de releerse hoy y aplicar su diagnóstico a nuestras circunstancias, a nuestra “crisis de México”.

Oportunidades.- El instrumento principal que usó entonces Cosío Villegas para explicar la naturaleza del problema, no fue una gran teoría política, llena de variables y definiciones. Fue algo más simple pero fundamental: la historia y la falta de estatura moral de aquellos que asumieron la responsabilidad de dirigir los destinos políticos de México en dos momentos fundacionales. En ambos casos no se aprovecharon unas circunstancias que parecían propicias para encarrilar al país por una buena senda, una que condujera a la construcción de instituciones sólidas que permitieran ganar el largo plazo.

Según Don Daniel, la primera y magnífica gran oportunidad de reconstruir bien al país y que se perdió, fue la que abrió la restauración de la república en 1867. El liberalismo de entonces, si hubiera continuado en la dirección inicial, posiblemente no hubiera

desembocado en la dictadura personal de Porfirio Díaz ni, más tarde, en la revolución. Esa revolución iniciada en 1910 abrió la segunda oportunidad, cuando empezó a consolidarse como un nuevo régimen político y asumió las responsabilidades y beneficios que da el ejercicio del poder. Al final, lo que falló en ambos momentos fue la voluntad o capacidad de seguir por la senda inicial. Los hombres encargados de poner en práctica los principios que surgieron de esas dos sangrientas luchas intestinas, dice nuestro autor, no estuvieron a la altura y para desgracias de los mexicanos de entonces y de ahora, los proyectos liberal y revolucionario, terminaron por venirse abajo.

La Moral. Antes de continuar conviene aclarar que se entiende por moral. Una definición que no por simple es mala, la identifica como el conjunto de principios o consideraciones que permiten a un individuo distinguir el bien del mal en las conductas humanas. Sin embargo, también la moral puede ser caracterizada de otra manera, como lo hiciera, por ejemplo, Gonzalo N. Santos, el cacique posrevolucionario de San Luis Potosí, y de quien, se dice, afirmó: “la moral es un árbol que da moras y que sirve para una #&!%*?”. Cosío Villegas asegura que fue justamente en este dilema entre el tipo de moral a elegir donde se dio la falla principal, la que nos condujo a un camino muy al gusto de los muchos Gonzalo N. Santos de nuestra historia, pero que significó un desastre para el país en su conjunto.

El Diagnóstico del 46.- Cosío Villegas habría de dedicar un buen número de años a examinar paso a paso el fracaso del liberalismo mexicano decimonónico. El resultado serían los varios y enormes volúmenes que componen las dos partes en que se dividió la Historia moderna de México, “La republica restaurada” y “El Porfiriato”. Sin embargo, antes, en el ensayo que nos ocupa y que escribió en el arranque del alemanismo, el autor se centró en el fracaso de lo que en ese momento estaban viviendo él y el país: el de las tres grandes

promesas de la Revolución Mexicana como un movimiento democrático, popular y nacionalista. Desde esta perspectiva, lo ocurrido entre 1910 y 1916 se puede caracterizar como el planteamiento armado de tres demandas: una de libertad política; otra que consistía en poner los intereses de los más sobre los de los menos –los de millones de “pelados” por encima de los de “las cien familias” que dominaban al país--; y una tercera frente al resto del mundo: un nacionalismo que resultó ser “tan sano como un nacionalismo puede serlo”.

Al describir el “agotamiento de la Revolución”, nuestro autor insinuó la explicación. Sin poder recurrir a la teoría del autoritarismo (aún no se elaboraba), señaló que ante la falta del contrapeso de un Poder Legislativo digno de tal nombre –“[a] los ojos de la opinión nacional..., nada hay tan despreciable como un diputado o un senador”-- el presidencialismo acabó por matar las posibilidades democráticas que hubiera podido haber en un país de población dispersa, miserable, mal comunicada y sin educación formal. La reforma agraria, cuyas razones de ser sobaban, terminó por sucumbir ante la falta de instrumentos económicos para hacer del ejido un éxito material; el apoyo abierto al obrero desembocó en hacer del sindicalismo un apéndice del poder político, cuyo papel fue “servir al gobierno de coro laudatorio”. La educación de las masas, uno de los auténticos logros de la Revolución, terminó por caer en un proceso caótico, con logros más aparentes que reales. Sin embargo, fue la deshonestidad de los gobernantes “más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida de la Revolución Mexicana”.

¿Y que decir del nacionalismo?, pues que el México de 1946, según nuestro autor, de no encontrar salida a la crisis, se recurriría al auxilio de Estados Unidos como tabla de salvación. Pero ese camino tendría un costo: “el país perdería mucho de su existencia nacional”.

Las Soluciones Posibles.- Cosío identificó tres. Una era la de abdicar de la idea de un proyecto nacional mexicano para unirlo al de Estados Unidos, es decir, sacrificar el sentido de nacionalidad para salvar al país. Otra era dejar “a las derechas” la tarea que para la Revolución Mexicana –buena para destruir pero mala para construir— había resultado imposible de llevar a cabo por su corrupción. Aquí el costo podría traer también un beneficio: la purificación. En efecto, al volver a salir a la luz pública “la mano velluda y macilenta de la Iglesia”, se reavivaría la aletargada conciencia de los defensores del Estado laico; al toparse de frente con sus adversarios de clase, los ya inservibles movimientos obrero y agrario se revitalizarían. Sin embargo, la derecha “carece de la comprensión y de la generosidad de que tanto necesita nuestro desdichado país. Por añadidura, nada nos ofrece que sea nuevo o mejor de lo que ahora tenemos” y para colmo, lo dicho al principio: esa derecha de “gente decente” terminaría por no saber ni poder llevar bien la responsabilidad de gobernar.

La solución, en caso de existir, no era clara ni segura, pero no había otra mejor: “[e]l único rayo de esperanza –bien pálido y distante, por cierto— es que de la propia revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres”.

La Crisis de México de Hoy.- Don Daniel vaticinó tanto el intento desesperado de Carlos Salinas de buscar la salvación del régimen posrevolucionario en una identificación de los intereses de México con los de Estados Unidos como el desplome de un PAN hecho gobierno. Entonces ¿qué posibilidades tiene esa idea de la reafirmación de los principios originales y la depuración de los hombres?, pues no muchas, pero hoy como en 1946 no pareciera haber una alternativa mejor.

Es verdad que en el México actual ya se pudo hacer lo que le fue imposible a Madero: establecer la democracia política y aumentar el espacio de la libertad formal, pero la tarea apenas empieza, pues a esa democracia y a sus instituciones les falta mucha calidad.

El nacionalismo ya no puede ser el que se intentó con la Revolución y que desembocó en la búsqueda oficial de “lo mexicano”, nacionalizaciones, protección del mercado interno y defensa a rajatabla del principio de no intervención de un país en los asuntos internos de otro. Hay, por tanto, que redefinirlo y buscar nuevos caminos a la identidad histórica.

La reforma agraria ya es, en buena medida, cosa del pasado y el movimiento obrero organizado sigue tan desprestigiado hoy como entonces. Sin embargo, la exigencia y la conveniencia de un México que no vuelva a ser “el país de las cien familias”, sigue vigente. Tiene sentido insistir en una política donde los intereses materiales de los menos no se antepongan a los de los más. Desde luego que los medios para alcanzar los objetivos sostenidos desde hace ya más de un siglo deberán de ser otros, pero la esencia de los objetivos mismos no tiene porque cambiar.

Entonces lo que debemos hacer es avanzar en dejar atrás justamente aquello que acabó con la Revolución, según Cosío Villegas: la deshonestidad de la clase gobernante. Hay que usar el inicio de la democracia para elevar el costo político de todo aquello que persista en buscar la manera de que en el nuevo régimen sobreviva la impunidad. Ahí está el gran reto donde, dentro de sus posibilidades, la acción política de una sociedad que cada vez cuenta con mayor conciencia ciudadana debe empezar; sin violencia pero con constancia y responsabilidad, a aserrar el añoso y grueso tronco del uso patrimonial de los puestos y recursos públicos. La respuesta no es un milagro que transforme la naturaleza de los gobernantes, sino que la acción de los mexicanos convertidos en ciudadanos eleve el costo de la corrupción y la irresponsabilidad hasta hacerlo prohibitivo.

En 1946 Cosío Villegas no encontró el posible camino a la regeneración porque, entre otras cosas, la acción ciudadana era imposible, casi no había ciudadanos. Hoy la situación es un tanto diferente, pero ese camino requiere tiempo...y tiempo es hoy lo que nos falta. No pensemos, pues, en milagros, pero si en que requerimos suerte ;mucho suerte!